



## **De un verde mortecino**

*Diego Levis*

Hubiera preferido con toda mi alma y toda la fuerza de mi corazón no volver a verla nunca más. No es que deseara su muerte, ni su desaparición. No, al contrario, necesitaba saberla viva, a pesar de todo, viva aún; deambulando sin rumbo por las calles de la ciudad, mojándose bajo la misma lluvia que yo, soportando el mismo calor, teniendo el mismo frío. Me gustaba imaginármela viendo las mismas películas, leyendo los mismos libros, visitando las mismas exposiciones, compartiendo conmigo las mufas, dudas y alegrías de todos los días.

Aunque nada, nunca, podría volver a ser como había sido, yo intentaba recrear su risa, evocar su ironía mordaz y su insultante vitalidad, ansiaba ser capaz de reinventar a la esplendorosa mujer que tantos habían deseado poseer en aquellos tiempos en que la conocí. No podía resignarme a su ocaso.

Quería poder recordarla en la plenitud de su belleza, de su desbordante hiriente inteligencia. Ella formaba parte de mi vida, digo más, ella formaba parte importante de mí mismo; justamente por esto no podía verla más, no podía soportar la presencia de la temblorosa, exangüe, lúgubre mujer que se había apoderado de ella; agotada la belleza, atenazada por la melancolía la inteligencia y dilapidado el dinero que tuvo y que tanto necesitaría hoy, capaces las riquezas materiales de mitigar, al menos en apariencia, la fiereza del deterioro de los años.

Cuando nos conocimos, ella era buena amiga de Tato, quizás antes habían sido amantes, quizás todavía seguían siéndolo. Él me la presentó en el bar un sábado oscuro durante la pesadilla de la dictadura. Los sábados al mediodía nos reuníamos todos en el bar para hablar de nuestra obra y de nuestros proyectos, para lucirnos, para sentirnos célebres e importantes, para adular, para sentirnos adulados, para chismorrear, para reírnos, para sentirnos parte de la alicaída, pobre, paralítica vida cultural de la nación que pensábamos aún vigorosa en nuestras obras, nuestras vidas, nuestra existencia. Nos juntábamos para pelearle al pánico, para

olvidar el terror, para seguir vivos entre tantos muertos. Ilustres pintores ignorados, célebres poetas no leídos, periodistas silenciados, editores censurados, intelectuales y artistas de ilimitada pretenciosidad, mujeres y hombres inmóviles, encadenados al miedo.

Mis mayores méritos para entrometerme en las alcoholizadas conversaciones de tanta celebridad, era el haber sido alumno del taller de Tato, pope máximo del bar, exponente de la vanguardia pictórica de los sesenta y extravagante fustigador de la pintura de salón. Yo era una especie de intruso en aquellos mediodías en el bar; un pintorzuelo en ciernes, apenas una promesa con un par de muestras colectivas, algún premio en salones de segunda y una recién inaugurada exposición individual, que por arte de magia había sido bien recibida por la crítica. Ese era mi escaso historial como pintor aquel sábado en que la conocí a ella. Tato vivía en París y estaba de visita, la primera desde que había tenido que irse del país. Ella también había vivido en París y no hacía muchas semanas que había vuelto.

"Juan vení, que quiero presentarte." me pidió Tato que estaba sentado al lado de una mujer de belleza no superficial y de desprolija elegancia.. Yo la conocía de vista, pero nunca me había animado a hablarle. En el bar, ella era toda una institución. Sabía de sus caprichos, de sus arranques de furia, de su sarcasmo, de su elegancia, de su generosidad ilimitada con sus amigos, de su necesidad de cariño, de su sensibilidad a flor de piel, de su entrega absoluta e incondicional, de su apasionamiento, de su humor, de su crueldad. Sus ojos y su hermosura ya me habían emocionado, pues a pesar de que ya había pasado de los cuarenta, es difícil expresar el halo luminoso que desprendía a su paso. A nadie le era indiferente, todos la nombraban, todos opinaban; era amada, deseada, envidiada, detestada, elogiada, insultada.

"Vení, sentate con nosotros. Tato me habló muy bien de tu muestra." Me dijo mirándome a los ojos desde la profundidad verde y sonriente de los suyos y después agregó muy seria:

"Tendré que ir a verla. Quizás quieras acompañarme. Acá todos dicen que sos bueno y además vendés; una de dos, o están metejoneados con vos o sos realmente un gran pintor." Al acabar de decir esto se rió con una plenitud encandilante, casi insultante. Yo me reí con ella con una risa recatada y mezquina de la que todavía me avergüenzo. Tato también se reía mientras se servía un vaso de vino. Comí con ellos. Tato y los demás se fueron después del primer café, ella pidió otro café y yo también. Era un modo de quedarme con ella. El bar se vació, sólo estábamos nosotros. Charlamos toda la tarde. Aquella mujer me había hechizado y el hechizo habría de durarme durante años.

Su lucidez era punzante como el filo de un bisturí, su sensibilidad me conmovió y su humor fino y cruel me divirtió; los gestos ampulosos de sus manos al hablar y su risa plena y verdadera eran los de una diva segura de su poder de seducción, indiferente al juicio severo

de la mirada del otro. Siempre con un cigarrillo en la mano y tomando un café tras otro. Ahora ya no toma café pero sigue siendo muy difícil verla sin un cigarrillo. Los apaga a medio fumar aplastándolos con rabia contra el cenicero y al cabo de pocos minutos vuelve a encender otro. Una y otra vez. Sesenta, setenta veces al día.

A pesar de lo que se decía acerca de su presuntuosa altivez a mi me dio la impresión de ser una persona frágil y cálida, y muy ansiosa, enternecedoramente ansiosa. Me habló mucho de ella; de su honda relación con su papá, un judío ruso de severo ascetismo y mirada triste y generosa, de su exilio en París durante los años más asquerosos y violentos de la dictadura, de la desaparición de la hija menor de su hermana que cuando se la llevaron sólo tenía diecisiete años y también la de otro sobrino que después fue liberado y se exilió en Israel, de la muerte de su mamá en un hospital público de Brasil sin entender una palabra de portugués, de sus proyectos de trabajo, y también me recitó algún poema suyo con emocionante emoción:

"A arrodillarnos todos.

Nosotros, los que nos creemos limpios  
no contaminados.

Pedir perdón por ser pequeños  
por reír y llorar al mismo tiempo  
y ser buenos, generosos y déspotas"

También recitó a Lorca como nunca había oído antes, con una intensidad de hondura infinita, melodía voz y sentimiento de gran actriz; y cuando le pregunté si había hecho teatro me habló de sus frustraciones y me contó que no sólo hubiera sido una buena actriz sino que de chica también había pintado y que siempre escribió pero que nunca había podido verse a sí misma como escritora y que finalmente a todo hubo de renunciar.

"La historia de mi vida puede resumirse en dos palabras. Renuncia y pérdida. Primero fue mi papá después mi ex marido y mis hijos, ahora son mis miedos, mi incapacidad para asumirme plenamente, siempre renunciando, siempre perdiendo en el camino pedazos de mí yo. Querés que te diga, cuando pienso en mi vida, lo único que se me ocurre es llorar. Una vida sin amor, sin cariño. Siempre latente lo que pudo haber sido y no fue. Prisionera del rigor, del omnipresente inclemente sentimiento de culpa." Yo la escuchaba sin casi hablar. La conmovedora cercanía del dolor, la profundidad de su sensibilidad, la exuberancia de su personalidad me intimidaban.

Cuando ya había anochecido, ella miró el reloj y me dijo que tenía que irse, me pidió mi número de teléfono y lo escribió con letra redonda y segura en una libreta de tapas ocre de

la que después arrancó una hoja en blanco adonde anotó su número. "Llamame durante la semana y quedamos para ir a ver tu muestra." Cuando salió del bar me saludó a través de la cristalera con una sonrisa mínima y una ligera reverencia.

Aquel primer mágico encuentro trastocó mi existencia. Había algo en ella que me mostraba caminos inexplorados de mí mismo, que me enseñaba a descubrir la mentira y el desamor. Ella era el ansiado reverso de la moneda, la cara opaca de la luna, el interior de los espejos. Era una gran trágica porque ella formaba parte de la tragedia, y era una vitalista empedernida porque en ella la exaltación de la vida y del placer eran un culto reverencial.

Muchos no comprendieron nuestra amistad en la que el deseo estuvo casi siempre excluido. A diferencia de tantos otros que buscaban en ella la posesión física de su belleza, o el descarado disfrute de los convites con los que solía agasajar a quienes la rodeaban y la adulaban, yo tan sólo le pedía el brillo de su inteligencia, la generosidad de su palabra, el desparpajo de su risa. Junto a ella combatí la pereza de mi imaginación y estimulé mi sensibilidad, comprendí que la mediocridad y la mezquindad, la injusticia, la miseria y la violencia forman parte de nosotros, que somos amor y somos destrucción.

"¿Vos crees que una revolución puede hacer surgir el hombre nuevo o que no hay revolución posible hasta tanto no surja el hombre nuevo?". Y yo, que alguna vez había militado en un grupo autoproclamado revolucionario, no dudé en afirmar que una revolución verdadera cambiaría la naturaleza del hombre.

Ella me miró con un poco de lástima. "¿Estás seguro?". Fue el único comentario que me hizo antes de apagar un cigarrillo y llamar al mozo para pedir otro café.

Otra día me preguntó: "Si tenés que elegir entre matar o dejarte matar. ¿Vos qué harías?". Preferí no contestarle, aunque para mí no existían dudas. Ella adivinó lo que pensaba.

"¿Y serías capaz de soportar el tocazo de esa culpa.? Décime como." No dije nada, no puedo, no sé decir nada.

Siempre la acompañaba la crueldad; una crueldad devastadora, dolorosa e implacable, que surgía de la nada; de una palabra pequeña y liviana, de un gesto intrascendente, de una risa vulgar, de una tristeza no reconocida, de una indiferencia impremeditada. Ella era sublime, y exigía que a su alrededor todos fuéramos perfectos, o que al menos lo intentáramos.

El universo podía ser infinito, los puntos de atracción múltiples, pero cuando ella entraba al bar todo debía girar alrededor suyo. Mientras tuvo plata para pagarle el almuerzo a tantísimos pintores llorosos, poetas malqueridos o periodistas arruinados, casi todos en el bar le seguían el juego. Fueron algunos de sus amigos más queridos, quizás los nombres más emblemáticos del bar, quienes abrumados por sus caprichos, por sus repetidas obsesiones y su sarcasmo

feroz, dejaron de sentarse en su mesa. Con el paso del tiempo, ella no era ya la mujer resplandeciente y hermosa que ellos habían deseado alguna vez llevar a su cama. La melancolía empezaba a envolverla, la tragedia había ganado su batalla y apenas quedaban vestigios de su poderosa y contagiante vitalidad, apenas la fuerza de su risa. Además no la necesitaban. Coincidencia o no, muchos de ellos, en aquellos tiempos en que la dictadura ya era un mal recuerdo, habían sabido situarse bien.

Fue en esa época, la del inicio de su decadencia final, cuando un sábado en el bar, me dijo adelante de un montón de gente que estaba sentada en nuestra misma mesa: " La verdad es que nunca entendí porque te decís pintor, manejá bien la técnica, eso sí, pero te falta aprender a sufrir. La tuya es una pintura epidérmica, bien hecha pero solamente decorativa. Una pintura sin alma, desalmada." Al terminar se rió de su ocurrencia. Me dejó helado. Soñé que había sido un sueño. Un mal sueño que intenté olvidar.

Poco tiempo después me casé y dejé de ir al bar tan seguido. Apenas la veía. Alguien me contó que había intentado suicidarse y que estuvo internada un par de meses. Fue su primera internación. Al menos que yo sepa. La tristeza estaba acabando con ella. Sin embargo, después de la internación pareció recobrar. Recuerdo una noche que me la encontré en la inauguración de la exposición de un antiguo compañero de taller. Al entrar en la galería oí su risa, una risa bochinchera que venía del pasado, alcé ansioso la mirada buscándola entre el gentío y de pronto oí su voz.

"¡Juancito!" gritó llamándome. Allí estaba saludándome agitando el brazo, "¡Qué alegrón verte!" exclamó cuando estuve junto a ella, "¿Te acordás de Néstor?". Claro que me acordaba. Néstor era, desde hacía más de veinte años, su amigo más incondicional, lo que no le impedía humillarlo con furioso ensañamiento apenas surgía un pequeño motivo de discusión.

Me emocionó verla tan contenta. Estaba fabulosa. Me pareció que nada podría volver a hacerla sufrir, que su alegría era definitiva. Después salimos a cenar con un grupo grande de gente y ella se apoderó de todos gracias a su poder de seducción y a su humor sutil y a la sinceridad de su risa y pensé que conservaba intacto su formidable talento. Fue la noche en que la recuperé, en que reconstruí su imagen dentro de mí, la imagen que hoy no quiero que se destruya. Fue la última bocanada de vida que recibí de ella.

A los pocos días salió rumbo a Europa. Volvía a París después de siete años de nostalgia. Ella sentía que en París se encontraba el núcleo esencial de la vida. De su vida. Me lo había dicho muchas veces. A mí y a todos. Soñaba reencontrar a su último soñado enaltecido idealizado amor, a quien había abandonado para volver a Buenos Aires a nada: a esperar la

llegada de la tristeza, a expurgar sus culpas, a llenar las horas de recuerdos, de resentimientos, de llanto, de soledad. La ciudad vacía: muerta su mamá, muerto su papá; sus hijos apenas presentes, distantes, indiferentes; sus hermanas como si estuvieran muertas, amigos desleales, sin amor, sin cariño, sola, absolutamente sola; a merced de los falsos resplandores y los halagos interesados de los sábados en el bar.

Nunca suficientemente lamentado regreso, siempre repetía ella.

Llegó a París dispuesta a afrontar su miedo a enfrentarse a una realidad inexistente, deseada, mil veces soñada; a un paseo por el placer y la despreocupación; a la expiación del olvido; a la frustración de un cariño perdurable y sin pasión; decidida a tener un encuentro con el tiempo. Lo que en París le sucedió nadie, creo, lo sabe con certitud. Tato dice que su amado no la había esperado y se había casado y tenido un hijo, y ella no pudo soportarlo y entonces cayó en la melancolía en la que ahora vive, pues nunca había abandonado la esperanza de volver con él.

Estuvo en Europa cerca de un año. Volvió deshecha, el gesto sombrío de la aflicción en su rostro envejecido, un inmenso dolor en la mirada, la plenitud de su risa de antaño convertida en una mueca terrible, el cuerpo abarrotado por la angustia.

Decían que en el viaje se había gastado hasta el último peso. Muchos no le perdonaron nunca el despilfarro, como si se hubiese tratado del dinero de ellos.

Sus visitas al bar se hicieron esporádicas, y cuando iba nunca invitaba a nadie y nadie nunca la invitaba a ella. Enseguida se hizo visible que sin dinero y sin belleza su elegancia se desvanecería en la memoria de quienes la conocimos. A su deterioro físico se le añadió la fragilidad de su estabilidad emocional, lejanos los días en los cuales su imaginación, sensibilidad e inteligencia cautivaban a todos. La agudeza de su ingenio, el brillo de su conversación habían devenido en una obsesiva repetición de quejas, una angustiante retahíla de lamentos y súplicas; y además estaba la agresión, una agresividad despiadada, incontenible e indiscriminada; la crueldad y el drama apoderándose de los últimos vestigios de su talento .

Nunca fue más vulnerable que entonces. Había dejado de ser amiga de Néstor; " Al fin me libré de él, es un amarrete miserable; un pobre tipo incapaz de vivir y lo que es peor, incapaz de dejar que nadie a su alrededor viva ." Me impresionó la rabia con que pronunció cada palabra. Sentí que era injusta. Sentí escalofríos, había quedado a merced del lobo que siempre había llevado adentro. Durante años el cuidado de Néstor, enamorado de ella con desapasionada sufrida discreción, la había preservado de la destrucción.

Me conmovía al verla; aunque fue por aquel entonces cuando empecé a notar el rechazo que hoy me produce, una inevitable terrible y profunda aversión provocada por la misma fascinación que aún sentía por ella, que aún siento.

Conmigo intentaba ser cariñosa. "Juan se te ve muy bien, estás muy lindo, lástima que se te esté cayendo el pelo." me dijo, acariciándome suavemente la cabeza, una vez que coincidimos en la inauguración de una exposición. Otro día en el bar, se me acercó con una revista y me mostró la foto de una modelo de ridícula superficialidad haciendo un mohín estúpido.

"Linda ¿no?. Se parece a tu mujer." Y después se rió con una risa siniestra. Yo la miré en silencio, tenía ganas de llorar. Supongo que ella se dio cuenta; su percepción seguía siendo prodigiosa.

"Juan querido, no te pongas así; pobrecito, tu problema siempre será el mismo, nunca vas a aprender a sentir. Vamos al cine ¿quierés?." Y ahí no me pude aguantar más :

"Y vos ¿quién carajo te crees que sos.? ¿Quién te dio el monopolio de la sensibilidad?. Haceme un favor ¡Andate a la reconcha de tu madre, querés!" le grité y ya nunca volvimos a hablar como amigos. Nunca; salvo una vez, muchos, muchísimos años después.

Apenas nos intercambiábamos un saludo distante cuando nos veíamos en el bar y yo no conseguía evitarla. A veces se me acercaba con paso balbuceante y después de saludarme con una sonrisa petrificada, me pedía un favor con voz insegura y suplicante, que siempre, mintiendo, prometía hacerle, sin ni siquiera tomarme el esfuerzo de escucharla. ¡ Ojalá le hubieran prohibido la entrada al bar.!

Hubo un tiempo largo en que nadie la vio ni supo de ella.

Me es difícil precisar la época exacta, aunque no fue hace demasiados años. Ninguno en el bar se atrevía a nombrarla. Algunos rumores decían que se había matado, pero nadie tenía la certeza y muchos pensamos que si fuera cierto alguien se habría enterado. Esto me ayudaba a sobrellevar su inexplicable desaparición, no hubiera soportado saber que estaba muerta.

Un día, al fin, llamó por teléfono a Tato. Le contó que estaba internada. Le dijo que no se preocupase que estaba mejor y que saldría muy pronto, que estaba triste pero serena. Le dijo también que tenía muchas ganas de verla. Que nadie se ocupaba de ella, que la habían metido ahí porque molestaba, que todos la habían utilizado, que siempre había sido depositaria de la locura de los otros. A pesar de sus palabras, a Tato el tono de voz de ella no le pareció dramático; por el contrario le sonó plano, mecánico, carente de emoción.

La noticia me provocó una fuerte ambivalencia o quizás sea más correcto decir polivalencia; sentí alegría, tristeza, lástima y también una fuerte ansiedad, fantaseé que la

maravillosa mujer que ella había sido reaparecería en nuestros mediodías del sábado, un poco envejecida pero brillante y vital como antes, generadora de luz a su alrededor, tierna cruel divertida inteligente irónica agresiva refinada elegante; y fue un par de meses más tarde cuando la sombra de su sombra oscureció el bar con su estremecedora llegada.

Su piel ajada por los años, la enfermedad, los medicamentos y el dolor, los ojos lastimados por la tristeza y la desesperanza enmarcados por oscurísimas y enormes ojeras, sin maquillar abandonados a la presencia de su realidad, los labios pintados con descuido convertidos en tenebroso testimonio del sufrimiento. Su elegancia apenas atisbada en su ropa descuidada, mal planchada, rozada. El pelo graso y mal peinado. En su porte y en su actitud se distinguían rescoldos de su dignidad y de su orgullo.

Se sentó en la mesa de Tato que la recibió efusivamente. Ella se mostró muy distante, casi indiferente. Yo no pude soportar su presencia y a los pocos minutos decidí irme.

La internación había aplacado su agresividad hasta hacerla casi imperceptible, aunque, para ello, en el camino había dejado prácticamente todo. Nada en aquella mujer indecisa dejaba entrever la inteligencia, la vitalidad, el humor, la sensibilidad, la furia creativa, el talento de la desbordante mujer que yo había conocido. Unos atribuían su estado a la excesiva medicación, otros decían que tenía todos los síntomas de haber sufrido más de un electroshock.

Un día, quizás hace un año, me la encontré en la calle. Intenté rehuir de ella, pero ella insistió en que fuéramos a tomar un café juntos. En la vehemencia de su insistencia quise ver atisbos de la mujer que yo había admirado y acepté su propuesta. No recordaba desde cuando no hablaba con ella.

"Juan, hace mucho que no nos vemos. Es como si me huyeras. A mí siempre me hizo muy bien charlar con vos."

Me sentí en la obligación de buscar una excusa pero no supe que decir.

"Estoy sin un peso. Lo que me pasa mi ex-marido no me alcanza para nada. Vos no sabés lo que significa para una mujer de mi edad estar sin plata. Tengo que poder trabajar y ganar. ¿No te tomás lo que te queda de la Coca-Cola? Tomátela."

"Ahora no tengo sed, después."

"Me gustaría conseguir un socio, claro que es difícil. Tengo un montón de gastos y lo que me da mi ex-marido no me alcanza. El analista me tiene que prestar todos los meses. Sólo de remedios se me va un montón de plata. ¡Tomate la Coca-Cola!. ¿Si no tenés sed para qué la pediste?". Empezaba a ponerse pesadita con la historia de la bebida, aunque intenté no hacerle caso.

"Imaginate mi situación. Vieja, sin plata, y sin un amor. No sé si te das cuenta... voy a estar sola para siempre. Quisiera enamorarme, tener a un hombre junto a mí; pero decime la verdad ¿quién va a querer estar con una vieja como yo.?"

Me conmovió sentir tan cercana su tristeza y si no fuese por que me volvió a jorobar con lo de la coca-cola, seguramente se me hubiera escapado alguna lágrima.

"No me hinchas más con la bebida, si tanto te molesta que sobre, tomátela vos." Y entonces ella, sorprendentemente, sonrió con su sonrisa petrificada y me dijo:

"¿Puedo en serio?. ¡Qué suerte que vos no la quieras! Me estaba muriendo de sed."

Aquella tarde comprendí la profundidad y lo real de su deterioro. Estaba triste y también me sentía culpable por la repugnancia que me daba su senilidad prematura, un inevitable e inclemente asco.

A partir de entonces, verla comenzó a producirme una sensación cercana a la náusea; tan hondo era mi rechazo, tan pleno y vivaz, que llegué a olvidar lo importante que ella había sido para mí. Me da vergüenza confesarlo, pero ni siquiera cuando se la llevaron aquel sábado al mediodía, en que llegó al bar vestida con el esplendor y el brillo de antes, maquillada y peinada como si los años y el dolor no hubieran transcurrido, sentí lástima por ella. Una leve brusquedad en los movimientos denotaba el esfuerzo que estaba haciendo para representar su papel. Habló y rió ajena a la depresión que solía acompañarla desde tiempos perdidos en la memoria de casi todos. Todos la felicitaron por lo bien que la veía y nadie imaginó que se acercaba el momento del quiebre final.

"¡Por favor, callense!. ¡Silencio!. Quiero brindar en honor al mayor de todos los cretinos. ¡Tato!. Mi encantador amigo..." Hubo un momento de confusión, ella vociferaba enardecida: "Sí.. por vos Tato, siempre tan dulce, siempre tan cretino. Por vos que cuando te conté en París lo de mis sobrinos, lo único que se te ocurrió decir fue que había muchos otros desaparecidos, y después seguiste hablando lo más pancho de tu pintura grandilocuente y de la revolución pendiente." Tato intentaba calmarla, ella se carcajeaba y gritaba. "No se crean que Tato es acá el único cretino. Todos ustedes son unos macaneadores. Trepas alertas con las garras afiladas. Todos muertos de miedo".

Quizás no hubiese pasado de ahí, pero alguien creyó verle un revólver en la mano y otros estaban seguros que le hubiera roto una botella en la cabeza a alguno, así es que entre unos cuantos la sujetaron mientras llegaba la ambulancia que se la llevó metida en un chaleco de fuerza, a pesar de que ella se entregó mansamente a la violencia con que la agarraron aquellos que habían sido sus amigos.

Estuvo internada en un hospicio público durante casi tres meses y cuando salió apenas quedaba de ella el verde mortecino de sus ojos y un cigarrillo entre la mano y los labios.

Ella, la más resplandeciente de las mujeres que nunca conocí, que nunca conoceré, había sido destruida por el duende despavorido y cobarde que llevamos dentro; pero también por el abandono, la nostalgia, la mezquindad, la desconsideración, la soledad, el desamor, la crueldad, el rencor, la angustia, la culpa, el miedo, la incomprensión, la ausencia de ternura, la insatisfacción, la melancolía, y por el tiempo. Implacable máquina de destrucción.

Todos los sábados entra en el bar y se sienta sola en una mesa del rincón después de saludarnos con cordial frialdad. Pide un agua mineral, enciende un cigarrillo y nos mira, con una mueca gélida apenas vislumbrada en sus labios, acercándonos a nuestras miserias.

"A arrodillarnos todos.

Nosotros, los que nos creemos limpios  
no contaminados.

Pedir perdón por ser pequeños  
por reír y llorar al mismo tiempo  
y ser buenos, generosos y déspotas"

"De un verde mortecino"

Diego Levis

Barcelona , octubre de 1992/ Buenos Aires, octubre 2006

Copyright © Diego Levis 2006



La versión digital de esta obra está licenciada bajo una Licencia

[Creative Commons Atribución - NoComercial 2.5 Argentina](http://creativecommons.org/licenses/by-nc/2.5/ar/)

Usted es libre de copiar, distribuir y comunicar públicamente esta obra, para usos no comerciales, bajo las condiciones de la licencia: "<http://creativecommons.org/licenses/by-nc/2.5/ar/>